

LA AGONÍA DE UNA FARSA ANTIAPRISTA

Escribe Agustín Haya de la Torre

El gobierno de Alejandro Toledo ha llegado extenuado a su cuarto año. Para propios y extraños resulta casi un milagro que tal cosa haya sucedido. Si el 2000 apareció de pronto como el líder de la oposición democrática contra la cleptocracia fujimorista, un año después se convirtió más bien en el baluarte del antiaprismo.

En esa condición gana la segunda vuelta y sella el carácter de su gobierno. Una mezcolanza de derechistas y ex izquierdistas, fueron convocados desde el primer día para tratar de darle forma a lo que piadosamente bautizaron como el gobierno de “todas las sangres”.

En realidad resultó el de todas las confusiones, pues pronto se vio que no tenían brújula alguna, salvo el de ganar los sueldos más altos jamás pagados en la administración pública. Desde el principio el país toma nota de su inconsistencia, cuando decide elegir como su aliado al FIM, grupo variopinto que guarda en el mayor secreto sus documentos políticos y en la más absoluta reserva su organización interna. Su líder ha hecho del antiaprismo una profesión y de la ligereza su método de acción.

Si Toledo encontraba incompatibilidad de caracteres con los partidos organizados, bien pudo hacer pactos con otras fuerzas de reciente formación pero más serias, como Somos Perú o la UPP. Prefirió al zafarrancho “moralizador” porque ello remachaba el anti que lo había llevado a triunfar el 2001. Ese componente resultó la clave del desastre que se venía. Al poco tiempo de asumir el mando, el 52% obtenido desapareció como por arte de magia.

En las elecciones regionales y municipales de noviembre del 2002, apenas pudo alcanzar el 12% de votos y su febril aliado confirmaba su paso a la clandestinidad ciudadana, con menos del 1% de votos.

La suerte de Toledo ha sido el ciclo expansivo de la economía mundial que ha repercutido en un crecimiento regular de la economía peruana. Las erráticas políticas sociales del gobierno, en cambio, no han permitido que ello repercuta en el alivio de la pobreza. Por el contrario, se mantiene en los niveles en que la dejó el fujimorato y sigue siendo el gran reto a superar.

Un hecho que no deja de ser considerado en estos cuatro años, ha sido la fervorosa adhesión de algunos sectores de la disuelta Izquierda Unida. Se trata de una militancia presupuestal y por lo mismo no deja de llamar la atención que buena parte de estos altos funcionarios del régimen, estén ahora empeñados en dar forma, por enésima vez, a “nuevos” partidos. Quieren disimular de pronto su actuación como furgón de cola del toledismo. Varios ministros, ex ministros, asesores y funcionarios del gobierno de Toledo y Olivera, hasta se sorprenden de su escasa convocatoria, sin entender que la opinión pública les pasa la factura por el fracaso del gobierno que han defendido a capa y espada.

En estos cuatro años de frivolidad y escándalos, de corrupción y desorden, Toledo y sus socios nos han dejado prácticamente sin constitución. Con la perspicacia del aprendiz de brujo, el inquilino de Palacio descubrió rápido que el documento fujimorista de 1993, le era más útil que restablecer el camino democrático. No por gusto tenía a destacados pro hombres de la dictadura en sus filas, de esos que tras una década de justificar las tropelías de la dictadura, saltaron del barco en los días finales. En ellos y en los tráfugas que desde el CCD se cambian de camiseta de acuerdo a las encuestas, ha residido el mayor obstáculo para restablecer la Constitución democrática.

Toledo y Olivera harán en este último año todo lo posible para obtener los votos que les impidan dejar la escena parlamentaria. Saben que el 2006 serán juzgados por sus tropelías. Sin embargo, su mayor responsabilidad es haber dilapidado la confianza de sus electores para consolidar el régimen democrático. Son también culpables directos de ese 20% de la población que reclama la vuelta del japonés y de su hasta ahora frustrada extradición.

La frustración del toledismo es el fracaso de la improvisación. De otro “outsider” más, animado desde su marginalidad ideológica por lo único que le permitió el éxito fugaz del 2001: su antiaprismo primitivo.

Ojalá tanta precariedad nos sirva como lección y el cualquierismo pueda ser desterrado de la política peruana. Que haya debate y confrontación, sí, pero entre fuerzas democráticas, entre partidos organizados y solventes, capaces no sólo de ventilar sus diferencias, sino de ponerse de acuerdo en los pilares básicos de la vida democrática.